

El LXXX Aniversario de la Academia N. de Medicina *

La Agrupación Cultural de Acción Social, que en el medio intelectual de México es la Sociedad de las Sociedades Científicas, celebra con esta convivialidad el octogésimo aniversario de la prestigiosa edad de una de las instituciones nacionales de más ascendiente en la historia intelectual de nuestro país: la Academia Nacional de Medicina.

Y lo hace, porque en el grupo que constituye esta agrupación, la Academia Nacional de Medicina ocupa lugar prominente como expresión genuinamente mexicana del alto espíritu social del médico.

En los 80 años que lleva de trabajar la institución médica, no siempre bajo los mejores auspicios, sino soportando durante sus primeros 60 años vientos contrarios y borrascas catastróficas, la Academia Nacional de Medicina ha demostrado que gozó de vitalidad suficiente para resistir y sobreponerse a las más negras eventualidades.

Nació el 30 de Abril del año de 1864, cuando la Sexta Sección de la Comisión Científica, Literaria y Artística creada en tiempos de la Intervención francesa por el Mariscal Bazaine, celebró su primera sesión en los salones de la entonces Casa de Moneda y ahora Museo Nacional de Arqueología.

La Comisión era un grupo mixto de mexicanos y franceses, entre médicos, farmacéuticos y veterinarios. Seguramente el propósito imperialista fué conectar el personal facultativo que traía el Ejército Invasor, con el Cuerpo Médico Nacional, abatido probablemente por el rigor de las circunstancias, para crear un organismo técnico que aprovechara el concurso de los profesionales extranjeros, diera oportunidad a la medicina francesa para arraigarse en nuestro medio, y fuera el pie veterano de una organización destinada al estudio y la solución de los problemas de la salud en la nación.

Y sucedió lo que tenía que suceder: que aquellos médicos y ci-

* Leído en la sesión de la Agrupación Cultural de Acción Social efectuada el 8 de mayo de 1944.

rujanos militares que vinieron con el ejército expedicionario en calidad de servidores del ejército, como habían sido escogidos entre lo mejor del momento en Europa, se adaptaron a nuestro medio, le tomaron apego, se convirtieron en guías y maestros del cuerpo de estudiosos que brillaba en esos momentos por su talento y su interés social, y llegaron a constituir una agrupación, ya no simple Comisión Científica, Literaria y Artística, sino la **Sociedad Médica de México**; es decir, en poco menos de dos años, el grupo mixto había adquirido la suficiente personalidad mexicana para convertirse en la **Sociedad Médica de México**; y nuestros compatriotas se habían impuesto por la calidad y el número para consolidar un organismo propio.

Es que frente al Dr. Carlos A. Ehrmann, médico jefe del Ejército Francés Expedicionario, estaba nuestro ilustre médico Dr. Miguel Francisco Jiménez, Profesor de la **Escuela de Medicina** y gran clínico de las salas del Hospital de San Andrés.

Si Carlos Alberto Ehrmann, el dinámico y decidido alsaciano de los ojos azules, era el impulso quirúrgico, innovador y valiente, el maestro Jiménez era el genio clínico en vigoroso ascenso hacia la inmortalidad.

Si aquel endeble y bondadoso Dr. Julio Carlos Alberto Clement, colaborador quirúrgico del Dr. Ehrmann, fortaleció con su talento el prestigio de la medicina francesa en México, en cambio nuestro Dr. Dn. Agustín Andrade, aquel varón excepcional que presidió la Academia durante nueve años consecutivos porque la agrupación estimaba sus altas prendas personales, era un médico legista a la vez que oftalmólogo y ginecólogo, distinguidísimo en cada una de estas ramas y de un don de gentes y de espíritu organizador y disciplinario que constituyó el mejor ejemplo de su época, como maestro de energía y de ascendiente social.

Al lado de estos caballeros prominentes, se sentaba aquel venerable Dr. Don Ignacio Erazo, cuyo talento dialéctico del lado de las doctrinas de Broussais, estallaba en violenta contienda con el Dr. Manuel Carpio, a las veces ilustre poeta, quien cargaba su criterio, también ardorosamente sostenido, de lado de Bichat, Chomel y Bretonneau.

De aquella controversia memorable, en la que el triunfo co

queteaba con los dos grandes médicos, queda en los anales de la literatura picaresca del tiempo, aquel par de epigramas ingeniosos con que el Dr. Carpio se burlaba de la escuela de Broussais:

Método de nuestros días:
Luego que algún mal asoma,
Agua de malvas y goma,
Sanguijuelas y sangrías,
Y que el enfermo no coma.

Y este otro, igualmente zalamero:

A mí me duelen las muelas,
Mi hijo tiene tabardillo;
Papá se quebró un tobillo,
Pues, a todos sanguijuelas.

Hombres como Erazo y Carpio, a la vez eruditos batalladores y espirituales, tenían que imponer su personalidad en el mundo transitorio y crítico que imponía a nuestro protomedicato la Intervención con la fuerza de las armas y de sus altos, pero escasos ingenios, arrastrados a nuestras playas por las necesidades napoleónicas de la conquista.

Estaba ahí también entre aquellos pioneros de nuestra cultura médica el Dr. Don José Ignacio Durán, aquel culto médico por largos años Director de la Escuela de Medicina, cuyo espíritu presidió con serenidad y juicio superior el criterio de la época acerca del médico. Y estaba también el Dr. Luis Muñoz, hombre sencillo, modesto, de infantil apariencia, que se hizo cirujano y oculista por la fuerza de la práctica al lado de su padre, el barbero genial que con instrumentos de su invención devolviera la vista, velada por las cataratas, a un Oidor de la Audiencia.

Este profesor eminente recibió de Balmis la vacuna antivariolosa, propagó y estudió su uso y fué de los campeones de la vacuna humanizada. Y dentro de aquel grupo original de la Academia Nacional de Medicina estaba el Dr. D. José María Vértiz, profesor elocuente y sabio formado en Europa, y también figuraban en estas filas beneméritas el Dr. Francisco Ortega y el Dr. Luis Hidalgo y Carpio, cirujano el primero, médico legista el segundo. El Dr. Ortega era un sabio y un gran operador. Se recuerda con admiración

su **ligadura de la íliaca externa** y su descubrimiento acerca de la fisiología del nervio intermediario de Wrisberg.

El Dr. Hidalgo y Carpio es, en la historia de la medicina mexicana, el forense más distinguido del pasado; su tratado de medicina legal figura en la bibliografía nacional como libro clásico, en el que aquel hombre de aire enfermizo y de una inagotable benevolencia dejó la dote de su gran espíritu.

Y ahí estaba también nuestro gran Dr. D. Rafael Lucio, de cuyo genio clínico y firme abnegación y patriotismo heroico, perduran en el cielo de nuestra historia patria resplandores destinados a la eternidad.

¿Cómo sorprenderse de que aquel grupo de médicos, seleccionados por las razones del talento y del prestigio y agregados dentro de la modestia de sus condiciones generales de estudiosos, filántropos y maestros, acabara por absorber a sus compañeros de Comisión imperialista y en el curso de los dos primeros años de trabajo en común, sin más ramas que la excelencia de su personalidad, se adueñaran de aquel, ahora benemérito, cimiento de la Academia Nacional de Medicina?

La vitalidad de tan ilustre agrupación le ha permitido vencer al tiempo y navegar, como ahora lo hace, con hinchado velamen y prora tajante, hacia un porvenir más brillante.

Su noviciado de sesenta años es una mísera infancia para la inmortalidad a que la Academia está destinada. Ya sus primeros veinte años de paz, de tranquila meditación, de prosperidad científica, dan al país, que la reconoce como institución nacional, como la voz más alta, más autorizada y más sabia en la ciencia y el arte médicos, los mejores frutos en todos los órdenes posibles.

Adelanta la ciencia médica bajo su dirección y dictamen, perfecciónase el arte médico y le dota de técnicas cada vez más correctas, bajo la claridad de sus luces. Ocupan sus sillones los médicos más altos o los sabios genuinos o los corazones más generosos del gremio de los médicos nacionales, y por esa ruta victoriosa la Academia Nacional de Medicina no sólo cultiva la mente de sus miembros y enriquece su cultura, no sólo arrima a los anaqueles de las bibliotecas los gruesos infolios de sus anales, no sólo es la encumbrada tribuna de donde irradia la voz médica suprema para los ser-

vidores del arte mismo, sino que renunciando a la condición estática de las academias clásicas, deja la condición claustral y abre sus puertas para salir en busca del bien social en donde ella sabe que puede extraerse y que está esperando sus luces, y proclama por la vibrante elocuencia de su secretario perpetuo, el sacerdote insomne y devotísimo de ese culto, el Dr. Alfonso Pruneda, que "la Academia estará dispuesta como siempre, a cooperar con sus luces en el estudio de los asuntos que le someta el Gobierno de la Nación, pero no tendrá que esperar que éste le pida su colaboración, sino que se la ofrecerá, resuelta y cabal, porque considera que, si se enorgullece de llamarse justificadamente "Nacional", es porque está decidida a servir a nuestro México, de cuantas maneras le sea dable, sobre todo en épocas como la presente, en que más necesita del esfuerzo inteligente y entusiasta de quienes, por su cultura y su situación, están más capacitados para hacerlo."

Dr. ALFONSO G. ALARCON,
Académico de número.